

“tricolores, de más de cuatro varas de ancho, á colocarse sobre los capiteles de las columnas enlutadas, en que se hallaban las banderas. Terminaba este pabellón por su extremo superior en un penacho trigarante. Como para disputar la altura al pabellón, se levantaba un suntuoso catafalco á más de treinta pies de elevación: su base tenía seis varas por cada lado del cuadrado, con tres ó cuatro gradas; encima un pedestal, y sobre éste la esbelta pirámide. En la cúspide truncada de su cono se colocaron los restos de Don AGUSTÍN DE ITURBIDE, dentro de una urna de cristales y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo, que tenía encima los trofeos en que se miraba erguida el águila nacional: todo el conjunto de cortes y molduras era de un trabajo acabado.”

“En la cornisa superior del cuerpo que servía de base á la pirámide, se pusieron los despojos del Sr. ITURBIDE: el sombrero y manto de la Orden de Guadalupe; su propio uniforme de General mexicano, su banda, su bastón, su sombrero y su espada. En el frente de aquel cuerpo, por toda inscripción, no se leía más que esta palabra: “ITURBIDE.”

“En los ángulos de la base del catafalco se veían cuatro columnas de quince pies de elevación, vestidas en todo su tamaño de terciopelo negro, con franjas de oro; estaban coronadas con unos fumigadores ó incensarios, que eran unos enormes jarrones de plata maciza.”

“En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedían sin intermisión, y tras de ellos, en los costados, dos ayudantes de la persona del Presidente, de riguroso luto, con espada en mano y cubiertos.”

“En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedían sin intermisión, las misas de *réquiem*, que se celebraban por el ilustre difunto, á más de las solemnes que se cantaban en el altar mayor y para las que se alternaban las comunidades religiosas y el Cabildo Eclesiástico. En todos los altares, en el sarcófago y en el cuerpo de la iglesia, ardían constantemente multitud de cirios de toda magnitud.”

“Aquel templo no se desahogaba desde el amanecer hasta la noche, durante los días 24, 25 y parte del 26, en que se trasladaron las cenizas á la catedral, para ser allí sepultadas, en cumplimiento del decreto del Congreso. Ese día, desde muy temprano, se hallaban ya formando valla las tropas, y la población de la ciudad, agolpada en las ya regadas y barridas calles de San Francisco, las dos de Plateros, Portales de Mercaderes, Diputación y las Flores, los frentes de Palacio y la Metropolitana, hasta su puerta principal; el empedrado se compuso expresamente para tal objeto, en cuya ope-

“ración se trabajó todavía en toda la noche misma de la víspera: la vela estaba tendida en toda esta carrera.”

“A las once de la mañana comenzó á salir el cortejo de San Francisco. Este momento fué anunciado por la artillería. Abrió la marcha una escuadra de gastadores de caballería en caballos negros, seis cañones de campaña con sus respectivos destacamentos de artillería y cubiertos con lienzos negros: todas las mulas negras, igualmente, cubiertas con gualdrapas negras, las guarniciones, los tirantes de las guarniciones las riendas y todos los arneses completamente negros.”

“Seguían cuatro caballos enlutados, llevados por lacayos vestidos de luto. En los mantillones estaban ricamente bordadas las armas de la familia del difunto: monumento anacrónico en tiempo de la igualdad republicana, pero que anunciaba la ilustre ascendencia de su familia, aún en épocas que se ostentaba esta calidad con tales blasones. Sólo se substituyeron unas águilas en el lugar que antes ocupaban unos leones. Acaso se quiso indicar con este emblema, que el dueño de aquellas armas podía volver con usura á sus abuelos y con acciones ilustres propias suyas, la nobleza que de ellos recibió.”

“Seguía el sargento mayor de la plaza, con sus ayudantes, algunos coroneles, y otros jefes, todos á caballo y con espada en mano: marchaban luego las compañías de granaderos de los cuerpos, todos los pobres del hospicio, á quienes se hizo para ese día un vestido de luto y que llevaban cirios encendidos; pasaban después todas las Santas Escuelas, Cofradías, Terceras Ordenes, Comunidades Religiosas, un numeroso clero, luego las cruces parroquiales y, al fin, el Cabildo Metropolitano.”

“En un carro suntuosamente enlutado y primorosamente trabajado, se conducía la urna que contenía los restos del héroe. Sobre un juego de resortes se habían dispuesto unas andas con un pabellón, sostenido por cuatro columnas, bajo del cual estaba colocada la urna. Todo estaba vestido de terciopelo negro con franjas de oro y flecos de torsales de seda negra: ondeado, plegado y bordado con la mayor elegancia, y de esta manera cubierto enteramente todo el carruaje, sin que se dejasen ver de todo él más que las llantas de las ruedas. La parte superior del pabellón estaba coronada de penachos con plumas trigarantes, y un poco abajo de la urna, por la parte posterior, iban las vestiduras y demás insignias que estaban en el catafalco. Llevaban las borlas del ataúd dos generales del ejército, el director de rentas, un ministro de la Tesorería General, un miembro del Ayuntamiento y otro de la Universidad. Tiraban del carro seis hermosos caballos negros, ente-

“ramente cubiertos de ricas gualdrapas de paño negro fino, que colgaban hasta el suelo, con penachos de plumas negras y montados por jefes del ejército: numerosos lacayos á pie y con libreas de luto, se esforzaban, á veces en vano, en contener el brío de aquellos fogosos animales. Marchaban á uno y otro lado del carro los Ayudantes del Presidente de la República y custodiaba la urna la Compañía de Alumnos del Colegio Militar, entre dos hileras de gastadores de infantería.”

“Detrás del carro marchaba el Comandante general, con todo su Estado Mayor y una Compañía con bandera arrollada y armas á la funerals: seguían la Universidad y los Colegios: luego, bajo las masas del Ayuntamiento, iban indistintamente jefes de oficinas y del ejército, generales y otras muchas personas distinguidas, autoridades de todas clases, las Departamentales y el Gobernador.”.... Pasaba después el Consejo de Gobierno y presidían la procesión las comisiones de la Suprema Corte de Justicia, del Poder Ejecutivo y del Congreso, incorporados con ellas el Sr. D. Joaquín Iturbide, pariente del difunto, y el Excmo. Sr. D. Juan Gómez Navarrete, su albacea, haciendo de doliente principal, el Presidente de la Cámara de Diputados, representando á la Nación. Detrás se iban formando en columna las tropas de la valla, todas enlutadas y con las armas á la funerals.

“Entraba ya en la catedral la cabeza de esta numerosa procesión, cuando no acababa de salir de San Francisco; así es que á un tiempo llenaba todas las calles de su tránsito, en las que se agolpaban los espectadores apiñados en las bocacalles, en las puertas, ventanas, balcones y azoteas.” Las dos de la tarde serían cuando acabó de llegar toda á la catedral; allí se colocó la urna en un suntuoso catafalco, y se dispersó la comitiva.

En la tarde de ese mismo día se volvió á reunir á las cuatro, en el Palacio, de donde salió por entre valla de soldados para asistir á las vísperas solemnes y oración fúnebre latina, que pronunció después de ellas el Dr. D. Braulio Sagaceta, concluyendo el todo á las ocho de la noche. En la misma forma se volvieron á reunir las autoridades, corporaciones y personas convidadas, en el Palacio Nacional, el 27 á las ocho de la mañana, y se dirigieron otra vez á la catedral para asistir á las exequias. Solemnísimas estuvieron: las vísperas, la vigilia y la misa fueron desempeñadas por dos coros que se alternaban: el de la metropolitana y otro que se dispuso en un tablado alto, y se componía de más de 150 individuos, de lo mejor que había en la ciudad de músicos y cantores, contándose entre unos y otros no pocos particulares, que se prestaron á hacerlo por razones de afecto ú otras. Terminadas las honras, pronunció un panegírico

castellano el Dr. D. José María Gastañeta. En la tarde, después de las segundas vísperas, fué llevada la urna cineraria á la capilla de San Felipe de Jesús: allí se cantó el último responso, y concluido, se depositó la urna en una caja de madera fina, que estaba preparada para recibirla en el lugar que dijimos al tratar de esta capilla. Cerrada la nueva caja, se llevó á guardar su llave al archivo secreto del Ministerio de lo Interior.

El túmulo que se puso fué el mismo que se ponía en casos iguales, y su adorno, como el mejor de las mismas funciones; con la esencial diferencia de que parte del adorno de éste fueron insignias militares, y de que arriba del túmulo se suspendió un pabellón negro coronado por una águila. En los dos costados del pedestal del catafalco, á los lados de las puertas, se colocaron cuatro octavas: dos de pluma del estudiante D. Joaquín Navarro, otra de la de Don Manuel Tossiat Ferrer y la última de la de D. Juan Nepomuceno Lacunza. En los frentes del pedestal cuatro sonetos, dos en cada uno de ellos, escritos uno por D. Juan y otro por D. José María Lacunza; el tercero por el Sr. Tossiat y el cuarto por D. José Ramón Pacheco.

Concluidas las honras en la mañana del día 27, “de la catedral pasó toda la comitiva al Palacio Nacional á dar los pésames al Presidente de la República....” “La sala de recepción estaba completamente enlutada y vestida con el mayor primor: el suelo cubierto con una alfombra de bayeta negra: el techo y las paredes tapizados de fino alepín negro; del centro del cielo se repartían á todos lados pliegues de relieve del mismo género, que terminaban en los ángulos superiores de las paredes; un encortinado recogido, ondeaba en éstas, bordado en la orilla superior con galón de plata y en la orilla inferior un fleco de lo mismo, bajando luego verticalmente otros pliegues como los del cielo. En cada uno de los balcones pendían de arcos y flechas dorados, dos cortinas blanca y negra de tafetán de seda, entreabiertas y sirviendo de fondo la una á la otra, orladas, la negra, con galón y fleco de plata, y la blanca con galón y fleco negro.”

“En la cabecera de la sala colgaba desde lo alto un pabellón negro de alepín fino, garbosamente plegado y ondeado, con grandes cordones y borlas de seda negra y plata. Sobre una gran lápida de mármol dorado se elevaba un sillón magnífico cuyos brazos eran las alas de una águila dorada, y los pies del sillón eran los pies del águila. Abajo de esta grada y de pie, recibía y contestaba el Presidente los pésames que se le dirigían por las autoridades y corporaciones.”

Nacidas estas manifestaciones más de exaltación de partido que de sentimiento religioso ó de gratitud, “se mandó vestir de luto por

“ un mes á las autoridades, al ejército y á los padres de familia, y á ejemplo de la capital se hicieron honras á su memoria en todas las ciudades, villas y lugares de la República.”

Corpus.

Ocupada la Iglesia en llorar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que siguió inmediatamente á la institución de la Sagrada Eucaristía en la última cena del Salvador con sus Discípulos, no puede entregarse el Jueves Santo á celebrar con el debido regocijo el inestimable don de guardar en las especies sacramentales el Cuerpo de Jesucristo, y destinó el jueves siguiente al domingo en que se celebra el misterio augusto de la Trinidad, para hacer una fiesta conmemorativa del *Santo Cuerpo de Cristo*.

Esta fiesta, sin embargo, no es de las más antiguas de la Iglesia Católica: se introdujo en ella en la segunda mitad del siglo XVIII. Tuvo su origen en Leija y fué por algunos años privativa de aquel obispado; instituída por su Obispo Roberto, á ruegos y persuasiones de una virgen virtuosa llamada Juliana, priora que fué del monasterio del Monte-Cornillón, hasta que habiendo llegado á la Silla Pontificia, bajo el nombre de Urbano IV, Jacobo Pañtaleón, que había sido Arcediano de Leija, mandó, por bula de 8 de Septiembre de 1262, que se celebrara en toda la Iglesia Universal, lo que después confirmó el Sr. Clemente V en el Concilio General de Viena.

Fiesta de tal importancia religiosa no podían dejar de celebrarla los conquistadores, y suponemos que se celebró desde antes de ganada la ciudad de México, fundando esta suposición en que Hernán Cortés procuró siempre que en su ejército se hicieran aquellos actos del culto externo que nuestra religión exige; y si hizo la procesión de Ramos en medio del campo, en Tabasco, antes de seguir su camino, y si en las costas de Veracruz celebró la Pascua, también en el campo, no hay razón para dudar que hiciera igualmente la procesión del Corpus, una de las más notables de la cristiandad. Y con mayor razón se ha de haber celebrado en Coyoacán y en México, cuando estaba ya en paz y tenía un templo en donde celebrarla; sin embargo, por lo referente á la Ciudad ninguna noticia encontramos de esta fiesta en los años 1524 y 1525; y del 1526 sólo sabemos que salieron los regidores en la procesión, sin añadir ninguna circunstancia ni pormenor.¹

El acta del cabildo de 24 de Mayo de 1529, nos hace saber “que

¹ 31 de Mayo, 1526.

“ salían en la procesión todos los oficios mecánicos, y que entre ellos había disputas por preferencia del lugar, especialmente entre los armeros y sastres, y para quitar estas diferencias, se mandó ese día que el oficio de los armeros salga junto al arca del Corpus Cristi, y luego adelante de él vayan los sastres con sus oficios é asy subsibe uno en pos de otro por manera que ningún oficio de vecinos deje de salir como es uso é costumbre é que de aquí adelante se tenga e guarde e no se quebrante so pena de cincuenta pesos de oro al oficio que dejara de salir.”

El año 1531, al acercarse la fiesta del Corpus, el Ayuntamiento acordó el día 19 de Mayo que todos los oficios mecánicos se previnieran con sus invenciones para salir en la procesión, pena de veinticinco pesos de multa al individuo que faltara; el día 4 de Junio, considerándolos ya prevenidos, ordenó que los mayordomos de los oficios, en aquel día y el siguiente, se presentaran á Diego Hernández de Proaño, Alguacil Mayor, para que les hiciese saber el lugar de donde había de salir la procesión y el orden que habían de llevar, para que le guardasen y cumpliesen, pena de cien pesos de multa.

Desde tan lejanos tiempos comenzó la costumbre de que asistieran á la procesión del Corpus los oficios con sus estandartes y, precisamente, entre otros objetos, con *el de tener un lugar en donde juntarse para salir reunidos* en semejante día y *asistir á la procesión*, pidieron á la Ciudad Francisco Olmos y Juan del Castillo, alcaldes del gremio de los sastres, dos solares en que hacer una ermita que es ahora la iglesia de la Santísima. Más eficaz impulso recibió de la Junta Eclesiástica celebrada “*en la gran cibdad de Temixtitan México desta Nueva España,*” en las casas episcopales el domingo tercero después de Pascua, que fué el 27 de Abril de 1539. En el capítulo veinte de los Estatutos que formó esta Junta ordenó, entre otras cosas, que á la procesión del Corpus asistieran en sus iglesias matrices todas las parroquias con su personal y sus cruces, é igualmente las cofradías con su cera.¹

Los pendones de estos diversos oficios se guardaban en una arca en la Ciudad, y pocos días antes de la fiesta del Corpus se entregaban á los pendoneros, sabiendo quiénes eran, y asegurándose de que los habían de volver. Distinguíanse entre sí por sus formas y colores; curioso sería para nosotros conocerlos todos; mas no queda ni vestigio de ellos: por casualidad sabemos que el de los zapateros era naranjado y verde.

Tomábase también con anterioridad la precaución de mandar com-

¹ D. Fray Juan de Zumárraga, por D. Joaquín García Icazbalceta. Apéndice; documento núm. 26.